Lc 19, 1-10

[1] Entró en Jericó y empezó a atravesar la ciudad. [2] En esto, un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de recaudadores y además rico, [3] trataba de distinguir quién era Jesús, pero la gente se lo impedía, porque era bajo de estatura.
[4] Entonces se adelantó corriendo y, para verlo, se subió a una higuera, porque iba a pasar por allí. [5] Al llegar a aquel sitio, levantó Jesús la vista y le dijo:
—Zaqueo, baja en seguida, que hoy tengo que alojarme en tu casa.
[6] Él bajó en seguida y lo recibió muy contento.
[7] Al ver aquello, se pusieron todos a criticarlo diciendo:
—¡Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador!
[8] Zaqueo se puso en pie y dirigiéndose al Señor le dijo:
—La mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres, y si a alguien he extorsionado dinero, se lo restituiré cuatro veces.
[9] Jesús le contestó:
—Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también él es hijo de Abrahán. [10] Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar lo que estaba perdido y a salvarlo.

Jesús, modelo de acogida

Estamos en la última etapa de Jesús en su camino hacia Jerusalén, el próximo domingo lo encontramos en el templo respondiendo a los saduceos.

Una vez más se manifiesta la actitud de Jesús para con los “pecadores”, pero hoy de una manera muy concreta. Este pasaje del evangelio es un ejemplo maravilloso de la actuación de Jesús en su vida diaria. Con su actitud nos está diciendo cómo tenemos que comportarnos con los que

hemos catalogado como pecadores. Está denunciando nuestra manera de proceder equivocada, es decir, no acorde con el espíritu de Jesús.

Sólo Lucas narra este episodio. No sabemos si es un relato histórico. Pero que lo sea o no, no es lo importante, lo que importa es la manera de narrarlo y las enseñanzas que quiere trasmitirnos, que son muchas.

Es importante recordar que Lucas es el evangelista que más insiste en la imposibilidad de que los ricos entren en el Reino. Unos versículos antes, acaba de decir Jesús: ¡Qué difícil le va a ser a los ricos entrar en el Reino de Dios! En este episodio resulta que llega la salvación a un **rico** que además es **pecador**.

Sin duda, Lucas está reflejando la situación de su comunidad, en la que se estaban ya incorporando personas ricas que daban el salto del seguimiento sin tener que abandonar su situación social y su trabajo. La única exigencia es salir de la injusticia y pasar a compartir lo que tienen con los que no tienen nada.

En el relato hay que presuponer más cosas y más importantes de las que dice:
¿Por qué Zaqueo tiene tanto interés en conocer a Jesús, aunque sea de lejos?

¿Cómo es que Jesús conoce su nombre?

¿Cómo tiene tanta confianza Jesús para autoinvitarse a hospedarse en su casa?

¿Qué diálogo se desarrolló entre Jesús y Zaqueo para que éste haga una promesa tan radical y solemne?

Sólo las respuestas a estas preguntas darían sentido a lo que sucedió. Pero es precisamente ese itinerario interno de

ambos, que no se puede expresar, el que marca la relación profunda entre Jesús y Zaqueo.

La reflexión de este domingo conecta perfectamente con la del domingo pasado: el fariseo y el publicano. ¿Os acordáis? El creernos seguros de nosotros mismos nos lleva a despreciar a los demás, a no considerarlos; sobre todo, si de antemano, los hemos catalogado como "malos".

Incluso nos sentimos aliviados porque no alcanzan la perfección que nosotros hemos alcanzado, y de esta manera podremos seguir mirándolos por encima del hombro.

“**Todos** murmuraban diciendo: ha entrado a comer en casa de una pecador”.

En el capítulo anterior al que estamos leyendo hoy, el joven rico que se acerca a Jesús le pregunta: ¿Qué tengo que hacer para heredad **vida eterna**? Buscaba la Vida Eterna y se quedó sin ella. Zaqueo solo busca ver a Jesús y se encuentra con la **salvación**.

Es interesante este distinto planteamiento. También nosotros seguimos empeñados en asegurar una salvación para el más allá, olvidando a los oprimidos del más acá.

Zaqueo era jefe de publicanos y además, rico. Pecador, por colaboracionista y por el modo de adquirir las riquezas. Tiene deseos de conocer a Jesús, pero, ¿cómo se podía atrever a acercarse a él? Todos le señalarían con el dedo y le dirían a Jesús que era un pecador. Seguramente había sido despreciado más de una vez por los fariseos, sacerdotes y jefes religiosos.

Podemos imaginar la cara de extrañeza y de alegría que pondría cuando oye a Jesús llamarle por su nombre; lo que significaría para él, que alguien, de la categoría de Jesús, no sólo no le despreciase, sino que le tratara incluso con

cariño. Zaqueo se siente aceptado como persona, recupera la confianza en sí mismo y responde con toda su alma a la insinuación de Jesús. Por primera vez no es despreciado por una persona religiosa. Su buena disposición encuentra acogida y se desborda en total apertura a la verdadera salvación.

Una vez más utiliza Lucas la técnica literaria del contraste para resaltar el mensaje. Dos extremos que podíamos denominar **Vida-Muerte.**

· Vida en Jesús que manifiesta lo mejor de sí mismo abriéndose a otro ser humano con limitaciones radicales que le impiden ser él mismo.

· Vida en Zaqueo que, sin saber muy bien lo que buscaba en Jesús, descubre lo que le restituye en su plenitud de humanidad y lo manifiesta con la oferta de una relación más humana con aquellos con los que había sido más inhumano.

· Muerte en la multitud que, aunque sigue a Jesús físicamente, con su opacidad impide que otros lo descubran.

· Muerte en “todos”, escandalizados de que Jesús ofrezca Vida al que solo merecía desprecio.

A la vista del resultado de la manera de actuar de Jesús, yo me pregunto: ¿Hemos actuado nosotros como Él, a través de los dos mil años de cristianismo? ¿Cuántas veces con nuestra actitud de rechazo truncamos esa buena disposición inicial y conseguimos desbaratar una posible liberación?

Al hacer eso, creemos defender el honor de Dios y el buen nombre de la Iglesia. Pero el resultado final es que no buscamos lo que estaba perdido y, como consecuencia, la salvación no llega a aquellos que sinceramente la buscan.

Como Zaqueo, hoy muchas personas se sientes despreciadas por los dirigentes religiosos, y además, los cristianos con nuestra actitud, seguimos impidiéndoles ver al verdadero Jesús.

Muchas personas que han oído hablar de Jesús, se sienten atraídos y quisieran conocerlo mejor, pero se interpone la muchedumbre de los cristianos. En vez de ser un medio para que los demás conozcan a Jesús, los cristianos somos un estorbo que no deja descubrirlo. ¡Cuánto tendría que cambiar nuestra religión para que en cada cristiano pudiera descubrirse a Cristo!

Estar abiertos a los demás, es aceptar a todos como son, no acoger sólo a los que piensan como yo y siguen mis consignas. Si la Iglesia propone la actitud de Jesús como modelo, ¿por qué se parecen tan poco las actitudes de los jerarcas a las de Jesús? Una vez más se hace evidente el refrán: Una cosa es predicar y otra dar trigo.

Siempre que se ha consumado una división entre cristianos (cisma), habría que preguntarse, quién tiene más culpa, el que se equivoca y defiende su postura con honradez o la intransigencia de la iglesia oficial, que llena de desesperanza a los que piensan de distinta manera, y les hace tomar una postura radical.

Lutero por ejemplo, no pretendía una separación de Roma, sino una purificación de los abusos que los jerarcas de la iglesia estaban cometiendo. ¿Quiere decir esto que Lutero era el bueno y el Papa y los cardenales malos? Ni mucho menos; pero con un poco más de comprensión y un poco menos de soberbia, se hubiera evitado una división que tanto daño ha hecho al cristianismo.

Hacer nuestro el espíritu de Jesús es caminar por la vida con el corazón y los brazos siempre abiertos. Estar siempre alerta a los más pequeños signos de búsqueda. Acoger a

todo el que venga con buena voluntad, aunque no piense como nosotros; incluso aunque esté equivocado. Estar siempre dispuestos al diálogo y no a la imposición. Descubrir que lo **más** importante es la persona, no la doctrina ni la norma ni la ley.

No acogemos a los demás, no nos paramos a escuchar, no descubrimos esa disposición inicial que puede llevar a una auténtica conversión. Esperamos que vengan a nosotros humillados, reconociendo de entrada nuestra superioridad; y nosotros les perdonaremos la vida desde nuestra atalaya inexpugnable.

Verdaderamente, nuestra manera de actuar no se parece en nada a la manera de actuar de Jesús. Humildad y sencillez tenían que ser las prerrogativas de los seguidores de Jesús. Acogida incondicional a todo el que llega a nosotros con ese mínimo de disposición, que puede reducirse a simple curiosidad, como en el caso de Zaqueo; pero que puede ser el primer paso de un auténtico cambio.

No terminar de quebrar la caña cascada, no apagar la mecha que todavía humea, ya sería una postura interesante; pero hay que ir más allá. Hay que tratar de restablecer y vendar la caña cascada, tratar de avivar la mecha que se apaga. Estar dispuestos como decía el salmo, a sostener a los que van a caer; a enderezar a los que ya se doblan. Ya sé que es mucho pedir a los que nos creemos en posesión de la verdad, pero es la única manera de seguir a Jesús.

El final del relato no tiene desperdicio: “He venido a buscar y salvar lo que estaba perdido”. ¿Cuándo nos meteremos esto en la cabeza? Jesús no tiene nada que hacer con los perfectos. Sólo los que se sienten perdidos, podrán ser encontrados por él. Esto no quiere decir que Jesús tenga la intención de restringir su misión. Lo que deja bien manifiesto es que todos fallamos y todos necesitamos ser

recuperados. Claro que sólo el que tiene conciencia de estar enfermo estará dispuesto a buscar un médico.

Una vez más quiero resaltar que la salvación de la que aquí se habla no es conseguir el cielo en el más allá, sino repartir y compartir en el aquí y ahora. Pero esta lección no nos interesa ni como individuos ricos ni como iglesia. Para nosotros es preferible dejar las cosas como están y predicar una salvación para el más allá que nos permita mantener los privilegios de que gozamos aquí y ahora. En realidad no nos interesa el mensaje de Jesús más que en cuanto podamos manipularlo para que sirva a nuestros intereses.

Meditación-contemplación

“El hijo de Hombre ha venido a salvar lo que estaba perdido”.
Solo lo que está perdido, necesita ser buscado.
Solo el que se siente enfermo irá a buscar al médico.
Solo si te sientes extraviado te dejarás encontrar por él.
.....

No se trata de fomentar los sentimientos de culpabilidad.
Tampoco de sentirse “indigno pecador”.
Se trata de tomar conciencia de la dificultad del camino
y sentir la necesidad de ayuda para alcanzar la meta.
.....

Se trata de sentir la ayuda de Dios desde lo hondo de mi ser.
Pero también de buscar y aceptar la ayuda de los demás,
que van un poco por delante y saben por dónde debo caminar.
Si me empeño en caminar en solitario, me perderé en el camino.
.....